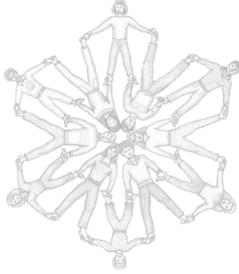


Capítulo 1



Descubrimiento

Una bendición que traemos incorporada

La capacidad de trabajar como sanador simplemente es un don, un don interno que solo tenemos que descubrir.

Esta habilidad nos pertenece por derecho de nacimiento.

Es parte del equipo que trae incorporado el ser humano: está integrada en nuestro sistema.

Sesiones de cafetería

«Mi madre siente mucho dolor, ¿podría sentarse aquí?», preguntó una mujer de unos sesenta años. Mi amiga y yo, que estábamos mirando un libro de fotografías de murciélagos, nos levantamos inmediatamente del banco e invitamos a las mujeres a ocupar nuestros asientos. La mujer mayor permanecía inclinada hacia delante y respiraba con gran dificultad mientras se sentaba muy lenta y dolorosamente. Pregunté a la mujer qué le pasaba a su madre, preocupado por si podría necesitar ayuda. Me dijo que su madre sufría un agudo dolor de espalda.

Durante aproximadamente treinta segundos me debatí entre implicarme en aquella situación o no, hasta que el «sanador» que hay en mí dio un paso al frente. Explicué a la hija que, en mi profesión, usaba una técnica de curación a través de las manos en la que tocaba muy ligeramente el área dolorida y le pregunté si quería que lo probara. Ella se lo dijo a su madre en francés, y la anciana dijo que le parecía bien. Es muy típico en mí montar mi consulta dondequiera que esté. Muchas veces se me ha visto dar sesiones de curación en conciertos, conferencias, películas, cursos de golf, seminarios, supermercados, o cualquier otro lugar. Yo las denomino «sesiones de cafetería».

Pedí a la madre que me indicara el punto donde sentía el dolor. La hija tradujo y un momento después me puse de rodillas con las manos sobre la parte dolorida de la espalda de la madre. Cuando empecé a «hacer circular energía» por mis manos, ella respiraba con mucha pesadez y tenía la cara contorsionada por el dolor. En cinco



minutos, el rostro de la anciana adquirió una expresión serena. Se giró hacia mí y simplemente dijo: «Gracias, ahora estoy mucho mejor». Las dos mujeres se pusieron de pie, me sonrieron y salieron de la librería sin añadir palabra.

Yo me senté inmediatamente en el banco y tomé el libro, dispuesto a seguir mirando donde lo había dejado. Para mi sorpresa, mi amiga se sintió conmovida por la experiencia. Aunque habíamos mantenido una amistad informal a lo largo de los años, ella había conseguido escapar a mis inexorables encuentros con el escepticismo de la gente. «¿Cómo puedes limitarte a abrir un libro después de una experiencia así?», me preguntó. Le expliqué que la curación era para mí una experiencia cotidiana. Aunque estas experiencias me habían sorprendido mucho cuando empecé a practicar el toque cuántico, con los años me había acostumbrado a ellas, e incluso había aprendido a esperarlas.

Primeras sorpresas

A lo largo de muchos años, sucesos como el que acabo de mencionar se han vuelto relativamente comunes para mí, pero a veces olvido que este tipo de acontecimientos pueden resultar muy sorprendentes para mucha gente. Siendo honesto, he de admitir que yo mismo me quedé anonadado las primeras veces que hice este tipo de trabajo.

En 1978, cuando mi primer libro, *Tus manos curan*, estaba a punto de salir al mercado, una amiga insistió en que asistiera al curso de un conocido sanador. Al principio me sorprendió que aquel hombre callado y corpulento, de unos sesenta años, que había estado sentado en soledad, fuera a dirigir el grupo.

Debería añadir que en aquella etapa de mi vida estaba muy orgulloso de mí mismo: solo tenía 28 años, era joven, estaba en plena forma, y pronto iba a publicar mi primer libro, el único sobre la terapia de polaridad. Entonces hizo su aparición Bob Rasmusson, el hombre que iba a dirigir el encuentro. Bob, que disfrutaba contando

historias con su estilo franco y directo, contó una serie de anécdotas que me parecieron completamente increíbles. A continuación pidió que uno de los presentes se presentara voluntario. La amiga que me había invitado al curso se ofreció.

Dedicamos algunos minutos a examinar la postura de mi amiga. Nunca antes me había dado cuenta de que su columna dibujaba una profunda curva en forma de «S»: uno de sus hombros estaba mucho más alto que el otro, una cadera también estaba más alta, y cosas por el estilo. Bob trabajaba del modo más directo posible, tocando un lugar y luego otro. Nos mostró claramente que la prominencia occipital (en la base del cráneo), estaba muy desalineada. Empezó a respirar profundamente y tocó ligeramente la base de su cráneo durante unos pocos segundos. El hueso pareció alinearse de inmediato. Le tocó las caderas, los hombros y deslizó las manos por su columna. Francamente, apenas podía creer lo que veían mis ojos al comprobar que sus huesos parecían fundirse, volviendo a su lugar natural. En cuestión de diez o quince minutos su columna estaba casi recta, y sus caderas y hombros perfectamente alineados. No exagero cuando digo que me quedé completamente anonadado.

Extraje inmediatamente tres conclusiones fundamentales. La primera era que Bob Rasmusson tenía algún don raro e increíble. La segunda era que nadie más sería capaz de aprender aquello. La tercera fue que yo nunca sería capaz de aprender aquello. Al final del día, descubrí que empezaba a ser capaz de causar cambios en las posiciones de los huesos con un ligero toque. Estaba estupefacto. Por suerte mis tres suposiciones básicas eran erróneas.

Pronto me convertí en amigo y vecino de Bob, y solía pasar tiempo en su casa, observándole trabajar y tratando de descubrir por qué era mucho más eficaz que sus alumnos. Durante los dos años siguientes, dediqué varias horas al día a practicar, haciendo circular las energías. Finalmente, empecé a ser creativo en mis intentos de realizar aquel trabajo y fui capaz de descubrir nuevos modos de potenciar la energía e incrementar mi eficacia. Había llegado al punto en que a Bob le gustaba que yo le trabajara.



Margery

Creo que la mayor sorpresa que he tenido haciendo este trabajo de curación me la llevé dos años después haber aprendido la técnica básica de Bob. Estaba en Los Ángeles realizando una demostración del toque cuántico ante un grupo de unas ocho personas. Margery se había prestado voluntaria para que yo pudiera hacer la demostración. Sufría una osteoporosis extrema y estaba tan jorobada que al caminar miraba al suelo. Le pedí que se pusiera una camisa abrochada por detrás para que pudiéramos ver detenidamente su espalda.

Lo cierto es que me quedé asombrado cuando vi su espalda por primera vez. Cada una de sus vértebras estaba fuertemente desalineada. Una vértebra estaba muy desviada hacia la izquierda, la siguiente aún estaba mucho más a la izquierda y la siguiente estaba muy a la derecha. Algunos de sus huesos sobresalían mucho más de lo que yo hubiera imaginado como posible. Parecían huesos de dinosaurio. Otros estaban muy hundidos. Mirando su espalda era fácil entender por qué caminaba tan jorobada.

Empecé a hacer circular la energía por su espalda. Iba trabajando una vértebra cada vez, pasaba uno o dos minutos en ella, y a continuación pasaba a la siguiente y hacía lo mismo. Transcurridos unos quince minutos, las personas del grupo empezaron a comentar los efectos que veían: «¿Tiene mejor aspecto o es tan solo mi imaginación?». Otros quince minutos después empecé a oír comentarios como: «Estoy muy segura de que ahora tiene mejor aspecto». Parecía que los huesos iban encontrando una posición mucho más alineada. Después de otros quince minutos, empezaron otros comentarios como: «Por Dios, ¡ahora está mucho mejor!». Después de una hora y cuarto, todos estábamos completamente maravillados.

Apenas podía creer lo que veían mis ojos. Todas las vértebras de su espalda estaban ahora perfectamente alineadas. Las vértebras que estaban claramente hacia fuera parecían haber recuperado su posición natural. Las vértebras que estaban claramente hacia dentro ahora parecían haber salido. Margery se puso de pie y de repente era mucho más alta que yo, cuando antes, en la posición jorobada, estábamos a la par.

La hija de Margery entró en la habitación y empezó a llorar al ver a su madre caminando erguida. Madre e hija se abrazaron y se echaron a llorar. Los presentes no podían dejar de comentar lo ocurrido, y yo estaba tan sorprendido como ellos.

Cuando llegué a la casa de la amiga donde estaba hospedado, los sucesos del día habían tirado por la borda mis agradables y cómodas creencias convencionales. Recuerdo que me senté en el suelo, con la espalda contra la pared, repasando lo que acababa de ocurrir. De repente, escuché una voz clara y audible en mi cabeza que decía: «¡ESO NO HA OCURRIDO!» Durante un momento, la creí. Después protesté dentro de mí, recordando los comentarios de la gente de que parecía que su columna empezaba a tener mejor aspecto y cómo se habían movido las vértebras hasta realinearse completamente. Recordé que se había puesto de pie, muy erguida, y que era muy alta, y cómo lloraba agradecida con su hija. «No», protesté para mis adentros, «¡ha ocurrido! Esto es real».

El conejito

La siguiente sorpresa que me llevé fue mucho más ligera. Mi amiga Carol había pasado unos días conmigo, y como ya era casi Semana Santa, había traído a casa un conejito. Al día siguiente, al llegar a casa descubrí que el animal no estaba en su caja, y que iba dejando pequeños rastros marrones por todas partes. Decidí capturarla y devolverla a su cubil. Después de perseguir al señor conejo durante uno o dos minutos, al fin conseguí detenerlo en una esquina.

Cuando puse las manos en su cuerpecito, pude sentir cómo temblaba de miedo, y me pregunté qué ocurriría si empezaba a darle energía. Después de dársela durante uno o dos minutos, pude sentir que dejaba de temblar y que sus pequeños músculos se relajaban en mis manos. Por curiosidad, seguí haciendo circular la energía. Pasados un par de minutos, el conejo hizo algo totalmente inesperado: estiró las patas delanteras hacia delante todo lo que pudo, las traseras hacia atrás, y se quedó completamente relajado. «Qué divertido», pensé. Seguí dándole energía y a continuación se giró de espaldas



con las patas delanteras estiradas hacia delante, las traseras hacia atrás y mis manos en su vientre. Aquel conejito tenía el aspecto de estar pasando un agradable día de playa, completamente estirado y bebiendo los rayos de sol. Nunca había visto a un conejo hacer algo parecido ni había oído de nada similar. En ese momento empecé a pensar que podrían ocurrir cosas muy notables durante las sesiones, pero no me sentí tan sorprendido como en la sesión con Margery.

La vesícula biliar de Bob

Una mañana recibí una llamada diciéndome que Bob Rasmusson había sufrido un ataque biliar, que sentía mucho dolor y que no conocía ningún sanador en Los Ángeles. Me preguntaron si me importaría desplazarme desde Santa Cruz (unas siete horas en coche) para trabajar con él. Cancelé mis planes para ese día y en veinte minutos ya estaba montado en mi coche camino de Los Ángeles.

Cuando llegué, fui al motel donde estaba alojado y lo encontré en la cama. Me dijeron que los médicos querían extirparle la vesícula. A Bob no le gustaba la idea de que unos extraños lo abrieran y le extirparan uno de sus órganos vitales. De modo que subí a su cama, puse mis manos sobre su vesícula y me puse a trabajar dándole energía. Como más adelante aprenderéis, este trabajo exige mucha concentración, esfuerzo y trabajo respiratorio por parte del terapeuta. Transcurridas aproximadamente hora y media, Bob dejó de sentir dolor. Estuvo sudando mucho hacia el final de la sesión. Se levantó de la cama, se duchó, y cuando salió, simplemente me dio las gracias y me dijo que se sentía bien. Volví a Santa Cruz aquella misma tarde. Trece años después comprendí plenamente el resultado de esa sesión. Bob nunca volvió a tener problemas con su vesícula biliar.

Estos primeros «choques» fueron muy útiles para la evolución de mi toque cuántico. Ver que los huesos recuperan repentinamente el alineamiento es algo que he aprendido a integrar sobre la marcha. Las grandes sorpresas ahora vienen cuando veo a mis alumnos hacer cosas que yo nunca he hecho. Ahora ya no me suelo sentir tan sorprendido, aunque sí profundamente conmovido, agradecido y maravillado.